

VI. ORACIÓN E INSISTENCIA

«¡Con cuánta ligereza hablamos de orar sin cesar! Sin embargo, somos bastante propensos a desistir si nuestra oración quedara sin respuesta por una sola semana o mes. Suponemos que con un golpe de Su brazo o una acción de Su voluntad, Dios nos dará lo que pedimos. Nunca parece amanecernos que Él es el Maestro de la naturaleza, así como de la gracia, y que a veces elige un camino, y a veces otro, en el cual hacer Su obra. A veces toma años responder una oración, y cuando es respondida, y miramos hacia atrás, podemos ver que así fue. Pero Dios lo sabe todo el tiempo, y es Su voluntad que oremos, y oremos, y sigamos orando, y así lleguemos a conocer, de hecho y en verdad, lo que es orar sin cesar» — ANÓNIMO.

NUESTRO Señor Jesús declaró que «los hombres deben siempre orar y no desmayar», y la parábola en la que se encuentran Sus palabras fue enseñada con la intención de librar a los hombres del desaliento y la debilidad en la oración. Nuestro Señor buscaba enseñar que se debe guardar contra la laxitud, y fomentar y animar la perseverancia. No puede haber dos opiniones respecto a la importancia del ejercicio de esta cualidad indispensable en nuestra oración.

La oración insistente es un movimiento poderoso del alma hacia Dios. Es una conmoción de las fuerzas más profundas del alma, hacia el trono de la gracia celestial. Es la capacidad de persistir, presionar y esperar. El deseo inquieto, la paciencia reposada y la fuerza de la perseverancia están todos abrazados en ella. No es un incidente, ni una actuación, sino una pasión del alma. No es una necesidad a medias, sino una absoluta necesidad.

La cualidad de lucha en las oraciones insistentes no surge de la vehemencia física ni de la energía carnal. No es un impulso de energía, ni una mera seriedad del alma; es una fuerza interior, una facultad implantada y avivada por el Espíritu Santo. Virtualmente, es la intercesión del Espíritu de Dios en nosotros; es, además, «la oración eficaz y ferviente que mucho aprovecha». El Espíritu Divino informando cada elemento dentro de nosotros, con la energía de Su propio anhelo, es la esencia de la insistencia que insta a nuestra oración en el trono de la

gracia, a continuar hasta que el fuego descienda y la bendición llegue. Esta lucha en la oración puede no ser bulliciosa ni vehemente, sino silenciosa, tenaz y urgente. Silenciosa, puede ser, cuando no hay salidas visibles para sus poderosas fuerzas.

Nada distingue a los hijos de Dios tan clara y fuertemente como la oración. Es la marca y prueba infalible de ser cristiano. Los cristianos son dados a la oración; los mundanos, sin oración. Los cristianos invocan a Dios; los mundanos ignoran a Dios y no invocan Su Nombre. Pero incluso el cristiano tiene necesidad de cultivar la oración continua. La oración debe ser habitual, pero mucho más que un hábito. Es un deber, aunque uno que se eleva muy por encima, y va más allá de las implicaciones ordinarias del término. Es la expresión de una relación con Dios, un anhelo de comunión divina. Es el flujo exterior y ascendente de la vida interior hacia su fuente original. Es una afirmación de la paternidad del alma, un reclamar la filiación, que une al hombre con lo Eterno.

La oración tiene todo que ver con moldear el alma a la imagen de Dios, y tiene todo que ver con realzar y ampliar la medida de la gracia divina. Tiene todo que ver con llevar al alma a la comunión completa con Dios. Tiene todo que ver con enriquecer, ensanchar y madurar la experiencia del alma respecto a Dios. Aquel hombre no puede ser llamado cristiano si no ora. Con ningún pretexto posible puede reclamar derecho alguno al término, ni a su significado implícito. Si no ora, es un pecador, pura y simplemente, porque la oración es el único camino por el cual el alma del hombre puede entrar en confraternidad y comunión con la Fuente de todo espíritu y energía semejante a Cristo. Por lo tanto, si no ora, no es de la casa de la fe.

En este estudio, sin embargo, dirigimos nuestro pensamiento a una fase de la oración: la de la insistencia; presionar nuestros deseos sobre Dios con urgencia y perseverancia; orar con esa tenacidad y tensión que ni se relaja ni cesa hasta que su petición es escuchada y su causa es ganada.

Aquel que tiene visiones claras de Dios y concepciones bíblicas del carácter Divino; que aprecia su privilegio de acceso a Dios; que entiende su necesidad

interior de todo lo que Dios tiene para él — ese hombre será solícito, franco e insistente. En la Sagrada Escritura, el deber de la oración en sí misma es defendido en términos que son apenas más fuertes que aquellos en los que se expone la necesidad de su insistencia. Se declara que la oración que influye en Dios es la del derramamiento ferviente y eficaz de un hombre justo. Es decir, es oración en fuego, que no tiene llama débil y vacilante, ni destello momentáneo, sino que brilla con un resplandor vigoroso y constante.

Las repetidas intercesiones de Abraham por la salvación de Sodoma y Gomorra presentan un ejemplo temprano de la necesidad y el beneficio que se derivan de la oración insistente. Jacob, luchando toda la noche con el ángel, da un énfasis significativo al poder de una perseverancia obstinada en la oración, y muestra cómo, en las cosas espirituales, la insistencia tiene éxito, con tanta efectividad como lo hace en los asuntos relativos al tiempo y los sentidos.

Como hemos notado en otro lugar, Moisés oró cuarenta días y cuarenta noches, buscando detener la ira de Dios contra Israel, y su ejemplo y éxito son un estímulo para la fe actual en su hora más oscura. Elías repitió y urgió su oración siete veces antes de que la nube de lluvia apareciera sobre el horizonte, anunciando el éxito de su oración y la victoria de su fe. En una ocasión, Daniel, aunque desfallecido y débil, presionó su caso durante tres semanas, antes de que la respuesta y la bendición llegaran.

Muchas noches durante Su vida terrenal pasó el bendito Salvador en oración. En Getsemaní presentó la misma petición tres veces, con insistencia implacable, urgente y a la vez sumisa, que involucraba cada elemento de Su alma, y desembocó en lágrimas y sudor sanguíneo.

Sus crisis vitales estuvieron claramente marcadas, y sus victorias vitales fueron todas ganadas, en horas de oración insistente. Y el siervo no es mayor que su Señor.

La Parábola de la Viuda Insistente es un clásico de la oración perseverante. Haremos bien en refrescar nuestro recuerdo de ella, en este punto de nuestro estudio:

«Y les refirió también una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre alguno. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni respeto a hombre alguno, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dice el juez injusto. ¿Y no hará Dios justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche, aunque sea paciente con ellos? Os digo que les hará justicia pronto» (Lucas 18:1-8).

Esta parábola subraya la verdad central de la oración insistente. La viuda presiona su caso hasta que el juez injusto cede. Si esta parábola no enseña la necesidad de la insistencia, no tiene ni punto ni instrucción alguna. Quita este único pensamiento, y no queda nada digno de registrarse. Más allá de toda objeción, Cristo quiso que permaneciera como evidencia de la necesidad que existe de la oración perseverante.

Tenemos la misma enseñanza enfatizada en el incidente de la mujer sirofenicia, que vino a Jesús en favor de su hija. Aquí, la insistencia se demuestra, no como una grosera impertinencia, sino revestida de los persuasivos atavíos de la humildad, la sinceridad y el fervor. Se nos concede un vislumbre de la fe aferrante de una mujer, del amargo dolor de una mujer y de la perspicacia espiritual de una mujer. El Maestro cruzó hacia aquella región sidonia para que esta verdad quedara reflejada para siempre: no hay súplica tan eficaz como la oración insistente, ni ninguna a la que Dios se rinda tan plena y tan libremente.

La insistencia de esta madre angustiada le ganó la victoria y materializó su petición. Sin embargo, en lugar de ser una ofensa para el Salvador, arrancó de Él una palabra de asombro y grata sorpresa. «Mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres» (Mateo 15:28).

No ora en absoluto quien no presiona su súplica. Las oraciones frías no tienen derecho sobre el cielo, ni audiencia en las cortes celestiales. El fuego es la vida de

la oración, y el cielo se alcanza mediante una insistencia ardiente que asciende en escala creciente.

Volviendo al caso de la viuda insistente, vemos que su viudez, su falta de amigos y su debilidad no contaron para nada ante el juez injusto. La insistencia lo era todo. «Porque esta viuda me es molesta», dijo, «le haré justicia pronto, no sea que me agote la paciencia» (Lucas 18:5). Únicamente porque la viuda se impuso sobre el tiempo y la atención del juez injusto, su caso fue ganado.

Dios espera pacientemente mientras, día y noche, sus escogidos claman a Él. Se conmueve por sus peticiones mil veces más de lo que se conmovió este juez injusto. Se pone un límite a su demora mediante la oración insistente de su pueblo, y la respuesta se da abundantemente. Dios encuentra fe en su hijo que ora —la fe que permanece y clama— y la honra permitiendo su ejercicio adicional, para que sea fortalecida y enriquecida. Luego la recompensa concediendo la carga de su súplica, en plenitud y finalidad.

El caso de la mujer sirofenicia mencionado anteriormente es un ejemplo notable de insistencia exitosa, uno que es eminentemente alentador para todos los que desean orar exitosamente. Fue un caso notable de insistencia y perseverancia hasta la victoria final, frente a obstáculos y estorbos casi insuperables. Pero la mujer los superó todos mediante una fe heroica y un espíritu persistente que fueron tan notables como exitosos. Jesús había ido a su región, *«y no quería que nadie lo supiese»* (Marcos 7:24). Pero ella atraviesa su propósito, viola su privacidad, atrae su atención y derrama ante Él una súplica conmovedora de necesidad y fe. Su corazón estaba en su oración.

Al principio, Jesús parece no prestar atención a su agonía e ignora su clamor de alivio. No le da ni ojo, ni oído, ni palabra. El silencio, profundo y escalofriante, saluda su clamor apasionado. Pero ella no se deja disuadir ni desanimar. Persiste. Los discípulos, ofendidos por su clamor indecoroso, interceden por ella, pero son silenciados cuando el Señor declara que la mujer está completamente fuera del alcance de su misión y de su ministerio.

Pero ni el fracaso de los discípulos para conseguirle una audiencia, ni el conocimiento —desesperanzador en su misma naturaleza— de que está excluida de los beneficios de su misión, la acobardan, y solo sirven para prestar intensidad y mayor audacia a su acercamiento a Cristo. Se acercó más, cortando su oración en dos, y cayendo a sus pies, adorándole, y haciendo suyo el caso de su hija, clama con brevedad punzante: «¡Señor, socórreme!» (Mateo 15:25). Este último clamor ganó su caso; su hija fue sanada en esa misma hora. Esperanzada, urgente e incansable, permanece cerca del Maestro, insistiendo y orando hasta que la respuesta es dada. ¡Qué estudio de insistencia, de sinceridad, de persistencia, impulsada y propulsada bajo condiciones que habrían desanimado a cualquiera que no fuera un alma heroica y constante!

En estas parábolas de la oración insistente, nuestro Señor presenta, para nuestra información y aliento, las serias dificultades que se interponen en el camino de la oración. Al mismo tiempo, enseña que la insistencia conquista todas las circunstancias adversas y obtiene para sí misma la victoria sobre toda una hueste de estorbos. Enseña, además, que la respuesta a la oración está condicionada a la cantidad de fe que acompaña a la petición. Para probar esto, Él retrasa la respuesta. El orador superficial se sumerge en el silencio cuando la respuesta se retrasa. Pero el hombre de oración se aferra, y sigue aferrándose. El Señor reconoce y honra su fe, y le da una respuesta rica y abundante a su oración insistente que evidencia su fe.